

ENTRE EL PODER Y EL INFORTUNIO EN EL PASAJERO DE TRUMAN DE FRANCISCO SUNIAGA

Valera, Dalis Coromoto*

Universidad Nacional Experimental "Simón Rodríguez"
Venezuela

Resumen

Román Velandia y Humberto Ordoñez, abren el diálogo en *El pasajero de Truman* (2008) de Francisco Suniaga, para romper el silencio que oculta una etapa de la historia política de Venezuela. Esta verdad atesorada, se rompe en medio de la melancolía por un pasado, personificado en la figura del hombre que representa el Poder. La plática de dos personajes, dada en plena ancianidad, deja al descubierto uno de los grandes planteamientos de M. Foucault; Diógenes Escalante, diplomático y político venezolano, elegido en varias oportunidades para ser el presidente de Venezuela, es la figura central, en torno de la cual gira la vida de Humberto Ordoñez. Con el poder puede observarse también, el juego de intereses, los manejos burocráticos, las hipocresías y el alejamiento; hechos que suscitan reflexiones donde se vislumbra la negación de lo humano ante el ejercicio del mandato. El acercamiento a la novela pretende abordar de manera reflexiva, los planteamientos del poder devenidos a través de la mirada del autor, donde ficción histórica e historia real se hacen una sola voz, para dejar al descubierto la separación entre lo humano y el poder, en un juego de identificaciones que conduce a la reconstrucción de la historia.

Palabras clave: Detentador del poder. Infortunio. Lo humano. Remembranza. Nostalgia.

Abstract

Roman Velandia and Humberto Ordoñez, open dialogue on Truman passenger (2008) by Francisco Suniaga, to break the silence which hides a stage of the political history of Venezuela. This treasured truth, breaks in the middle of melancholy for a past, personified in the figure of the man who represents the power. The talk of two characters, given in full old age reveals one of the major approaches of M. Foucault; Diógenes Escalante, Venezuelan diplomat and politician, elected several times to be the President of Venezuela, is the central figure around which rotates the life of Humberto Ordoñez. With the power can also be seen, the game of interests, bureaucratic management, the hypocrisies and remoteness; facts that give rise to reflections where the denial of the human in sight before the exercise of the mandate. The approach aims to address the novel thoughtfully, approaches the power-turned through the eyes of the author, where historical fiction and real story become one voice to expose the separation between the human and the power, in a set of identifications leading to the reconstruction of history.

Key words: Holder of power, Misfortune, Human, Remembrance, Melancholy.

*Docente e investigadora de la Universidad Nacional Experimental "Simón Rodríguez" (UNESR-Valera) E-mail: dalisvalera@gmail.com

Finalizado: Valera, Abril 20-2013 / Revisado: Junio 5-2013 / Aceptado: Agosto 30-2013

“El hombre es el ser cuya primera manifestación es esperanza, no es instinto, no es inteligencia”

María Zambrano

El encuentro entre Román Velandia y Humberto Ordoñez, abre el diálogo en *El pasajero de Truman* (2008) de Francisco Suniaga, y rompe el silencio que esconde una etapa de la historia política de Venezuela y sus detentadores del poder; verdad atesorada en una mudez que se desgaja en medio de sentimientos; reflejo de la melancolía por un pasado que se encarna en la figura del hombre que representa el Poder dentro de la obra. Ordoñez y Velandia se reúnen en una época de la vida en que la ternura se hace presente y la evocación del pasado se profundiza para desarrollar entre los dos, un diálogo que lleva con claridad y profundo seguimiento los hechos históricos vividos por ambos. Se cuenta parte de la vida política venezolana del siglo veinte, conducida por una narración armoniosa, fluida, llena de la palabra sabia y aleccionadora, que permite ver en cada descripción, la vida de los personajes.

La concurrencia de los dos ancianos, abre como un ritual, el espacio para la palabra y la ingesta del té donde la nostalgia por el pasado, orienta detalle a detalle la vida de Diógenes Escalante que es a la vez, la vida de la novela misma; dos nonagenarios que parecieran hacerse uno solo en el reconocimiento sosegado y la ilación de la palabra.

Finalizado, en silencio, el rito de beber la infusión, ambos se miraron largamente con impavidez, como si cada uno estuviera frente a un espejo, reconociendo en el otro los rasgos propios; cada pliegue, cada mancha senil de la piel, cada huella, cada extravío... (*El pasajero de Truman*, 2008, p.p. 15-16).¹

¹ En adelante, todas las citas de la novela de Francisco Suniana (2008) *El pasajero de Truman*, se harán con iniciales en mayúsculas sostenidas, seguidas del número de Página, ejemplo: (EPT, p. 45).

Humberto Ordoñez se convierte en “el Sancho Panza imprescindible” que acompaña a Diógenes Escalante en su vida desde el inicio del trabajo a su lado. Si bien esto significa la representación de un hombre abnegado, plegado a un superior, también significa que las acciones del personaje principal de la obra están cargadas de idealismos que pudieron devenir en quijotadas. Desde su arribo a Caracas, Ordoñez se constituye en una figura adherida al jefe, a un superior que encarna desde ya, la representación de un poder, por quien se niega a sí mismo, se invisibiliza para rendir su tiempo y espacio a la figura del dominio, al punto de justificar que “Ser acompañante de un hombre como el Dr. Escalante es un trabajo muy duro porque usted debe posponer sus objetivos hasta tanto el alcance los suyos” (EPT, p.28).

Esta supeditación al jefe orienta la sumisión que conduce la humanidad de quienes rinden pleitesía sin fijarse que mientras avanzan los tiempos, la obediencia se va convirtiendo en esclavitud. Señala Popper que “la adoración al poder es uno de los peores tipos de idolatría humana” (Popper, K.1991, p.43). Se entiende entonces que dentro de la novela de Suniaga que ocupa estas reflexiones, tal idolatría conduce al hombre a privarse de libertad en tanto se niega a sí mismo y se aparta para dar paso a las necesidades del futuro mandatario; su voluntad, su energía es transformada en una actitud conformista y pasiva, orientada a la complacencia de su líder con lo que pierde su condición de ser.

La vida política de un país marca el antes y el después de la vida de las personas dentro de la novela: el once de septiembre de mil novecientos cuarenta y cinco, en el aeropuerto de Maiquetía. El día en que el Dr. Diógenes Escalante se fue para no volver jamás. (EPT, p.16), es el período que marca la vida política y personal de Román Velandia y Humberto Ordoñez. Ambos entrañan la historia pero es a partir de la palabra del segundo, que se puede conocer la existencia política, personal y social de Diógenes Escalante; una historia,

guardada durante sesenta años, tal vez muy a propósito por parte de ambos.

Un largo silencio ocupa sus mentes; cada uno con una versión de la historia; un silencio, una quietud que implica el resguardo de un tiempo vivido, padecido tal vez, pero que se traduce en el complemento de una totalidad histórica, a través del relato del otro. Velandia, (de quien pudiera decirse que anagramáticamente centra en su nombre la necesidad de dar a conocer, la parte de una vida que se encuentra archivada) intenta dar respuesta a la otra parte de la historia denominada por él mismo como “la otra cara de la luna” y es, justamente, a partir de su búsqueda, que Ordoñez, tal vez contrariado, decide develar esa parte de la historia que es, a la vez, una parte de sí mismo. Se activa la significación del silencio a través de un lenguaje cotidiano que “permite mantener conversaciones la mayor parte del tiempo” (Muñoz, R. 2011, p.30); conversaciones pragmáticas, que devienen en el decir de las cosas anteriormente negadas a la expresión, por razones que se evidencian dentro de la novela, como políticas pero muy ligadas al sentimiento de los interlocutores.

El diálogo que inician los dos hombres marca dentro de la obra la característica de novela histórica toda vez que *El pasajero de Truman* es el reflejo de la vida de un país; Román Velandia (Ramón J. Velásquez) y Humberto Ordoñez (Hugo Orozco) son personas reales de la vida histórica de Venezuela, transformados en personajes por Francisco Suniaga quien los transfigura en narradores para que relaten la vida de Diógenes Escalante, uno de los hombres más importantes del país, tal vez con la intención de dar a conocer su personalidad, pues más allá del político está el hombre lleno de sentimientos y saberes.

Para la época del gobierno de Isaías Medina Angarita, el Dr. Escalante fue visto como el hombre clave para abrir un camino a la democracia en Venezuela a través del voto universal; verdad histórica “pertinente

y fundante -en términos de Noé Jitrik que reconstruye los hechos para respaldar la novela” (Jitrik, N. 1995, p.11) de Suniaga, quien establece una relación dialéctica entre la historia y la literatura para rescatar del olvido² a uno de los hombres más prominentes en materia de diplomacia dentro de la política venezolana.

Se profundiza una etapa de la vida política del país a la vez que se destaca el valor literario de la novela al metaforizar la vida de los personajes, que siendo reales, se metamorfosean para relatar desde la literatura, la existencia real de una nación. El autor de *El pasajero de Truman* muestra su conocimiento de la historia política a través de los trazos de una escritura fluida, atractiva, que a pesar de la turbulencia vivida por el candidato, está llena de frescura; aspecto que hace de esta novela, el alcance del saber político de una época. Se desprende de este personaje histórico una doble vertiente dentro de la narración: por un lado está el político lleno de ilusiones, pero en todo caso detentando el poder, por el otro, el hombre de familia, de sociedad, en el que se ve su calidad humana. La historia política de Venezuela de 1945, se refleja en esta obra bajo la orientación de un hombre que después de mostrar su saber, su entrega y su abnegación para la conducción del país, es atrapado por la insania y lanzado al olvido por las personas que habían cifrado en él su esperanza.

El planteamiento del poder dentro de la novela no sólo está representado en Diógenes Escalante sino en todos aquellos políticos e intelectuales que ven en él la posible salida democrática ante el ciclo de regímenes dictatoriales; sin embargo, en el candidato surge una duda que comienza a perturbar su tranquilidad: Lo único que me separaba de la presidencia era mi voluntad de aceptar, y que, paradójicamente, después de haberla querido tanto, ahora no estaba seguro (EPT, p.104). Desde entonces, esa duda se

² Cabe destacar entre los hombres de la época histórica de Diógenes Escalante, está Caraciolo Parra Pérez, como una de las figuras políticas también echadas al olvido.

profundiza y el candidato comienza a moverse en un mar de confusiones que va desde el deseo por la presidencia a la angustia de no saber si cumpliría eficazmente su mandato. Este planteamiento nos remonta a la duda cartesiana de *Ser o no ser* en analogía con el ser y el actuar ante la inseguridad del aspirante a la presidencia, o en correspondencia con Hamlet de Shakespeare, cuya acción dubitativa no le permitía vivir con serenidad.

El poder atrae, seduce, envuelve con sus tentáculos las aspiraciones de los hombres. Se desprende de una lógica de sentidos para el ejercicio real del mismo donde unos imparten las órdenes y otros las obedecen y que lleva implícito el alcance de beneficios económicos, sociales y morales. Asimismo, el que tiene el poder, debe dar respuestas a las promesas de un colectivo que cifra las esperanzas y espera las salidas. De ahí que alcanzar el poder se constituye en una suerte de obtención grandiosa pero a la vez, de gran riesgo. Se funda entonces la triangulación entre poder, derecho y verdad señalados por Michel Foucault donde establece que el poder “nos obliga a producir la verdad dado que la necesita para funcionar”

El poder no cesa de cuestionar, de cuestionarnos; no cesa de investigar, institucionaliza la búsqueda de la verdad, la profesionaliza, la recompensa. Tenemos que producir la verdad del mismo modo que, al fin y al cabo, tenemos que producir riquezas, y tenemos que producir una para poder producir las otras (Foucault, 2008, p.34).

El poder en la obra que nos ocupa está planteado desde la política a través de escenarios que van delineando la trayectoria de una vida marcada por la mirada de algunos representantes de la política venezolana. El personaje es elegido para administrar un país y hacer del mismo, una fuente de poder para quienes lo nombran. Producir poder para producir poder tal como lo sugiere Foucault. El poder pretendido por D. Escalante se concreta en una suerte de destino como si

el azar o las contingencias fueran los que tomaran la decisión por él.

Ashworth, en un acto de reflexión se lo señala: “No existe algo más caprichoso que el poder, Diógenes. Es una de esas áreas de lo humano donde, definitivamente, interfiere el destino” (EPT, p.102). Estas consideraciones clarifican lo que se verá más adelante en el candidato, cuando por una jugada del destino y después de dos intentos fallidos por alcanzar la presidencia, se suscita en el candidato una suerte de inquietud devenida por sus sospechas de un complot, de la duda ante el apoyo para caer definitivamente en un estado de enajenación que lo aparta totalmente de la presidencia. De igual manera puede verse los intereses del verdadero poder cuando Ordoñez refiere que “si el Dr. Escalante hubiera llegado a la presidencia, y no hubiese satisfecho sus demandas inmediatas, Betancourt igualmente hubiera dado un golpe” (EPT, p.136), lo que evidencia que “en materia de poder a veces se está abajo y a veces arriba” (EPT, p.142).

Las apreciaciones de Ashworth a cerca de la dificultad para ejercer un poder, hechas a Escalante, pretenden que el candidato aclare sus necesidades, reafirme el nivel de entrega y la defensa de sus propios intereses, sobrepuestos a los intereses de aquellos que lo tienen elegido para ser presidente; es un llamado de atención para que su gobierno sea la proyección de sus ideales y no el vínculo para el desarrollo de bienes ajenos.

Diógenes, amigo mío, no vaya usted, con su edad y después de una carrera envidiable, a terminar siendo el *fag* que le caliente la silla presidencial a un prefecto. Piénselo bien. Si va a ocupar ese puesto, ocúpelo de verdad para usted y ejecute su proyecto, no lo haga para servir a otros (EPT, p.109).

Ciertamente, el aspirante tiene una idea de gobierno definida, marcada por el derecho y la defensa a la colectividad, ajustado a la legalidad pero siempre con el deseo de hacer de su país, un lugar digno y respetable

para las clases sociales. Al decir de Bravo, “el poder cubre con sus múltiples hilos el acontecimiento de la vida del humano ser y es posible decir que en todas las horas de la vida del hombre se establece una lucha en la topología del poder” (Bravo, V. 1997, p.41). La forma de poder hace de Diógenes Escalante, sin embargo, un sujeto del eterno debatirse, donde confluyen la diversidad de peticiones ajenas, ligadas a diversos intereses, con mayor tendencia a lo social que a lo personal. El personaje mira al colectivo y se mira a sí mismo con una necesidad de enmarcar su poder hacia el bien común, mas que adentrarse hacia un bien personal.

Si finalmente aceptaba ser presidente, ese sería uno de mis aportes, estimular la formación de partidos democráticos, de organizaciones sindicales, asociaciones libres, en fin, de un sistema político que girara en torno a lo civil, que preparara el liderazgo y protegiera a Venezuela de la aventura militar... (EPT, p.108).

Estos señalamientos implican para el aspirante la reflexión ante una decisión final que tal vez lo va llevando a caer de manera definitiva en la demencia y que pudiera ser, a la vez, la evasión a una responsabilidad desde donde visualiza las posibles manipulaciones de que pudiera ser objeto por parte de quienes lo eligieron para el cargo; señalamientos o preocupaciones que van a constituirse en el inicio de sus cavilaciones y desvelos.

Los comentarios de Ashworth me mantuvieron despierto hasta el amanecer. Fue esa la primera de muchas noches de insomnio, que se repitieron a lo largo de siete meses y habrían de hacerme insufrible la existencia, Humberto (EPT, p.110).

Tal vez estas apreciaciones de Ashworth, marcan el inicio de la decadencia de Diógenes Escalante pues lo conduce a la angustia de no saber quien lo rodea por lo que “buscaba conspiraciones y conspiradores por doquier” (EPT, p.112), en la creencia firme de que podría estarse sucediendo a sus espaldas situaciones

que una vez más, le impidieran coronarse Presidente de Venezuela.

Desde esta angustia existencial que surge en Escalante podemos comenzar a ver una lucha interna donde se debate el ansia de poder y a la vez, el reconocimiento de su posible limitación para gobernar. En este Escalante, es posible ver al ser humano que es fuerte pero que a ratos se quiebra por situaciones inherentes al mandato. De ahí que Ordoñez pueda pensar que tener el poder es tentar al demonio. El personaje postulado para el poder ya lo contenía de alguna manera pues desarrollaba actividades en Washington que le daban un gran reconocimiento como diplomático sin embargo, su punto débil era la Presidencia no lograda, por lo que “se sentía el ser menos importante de la tierra”.

Ese sufrimiento que padece Escalante devela la parte más humana porque aún cuando, como político su vida está regida por el pensamiento y el orgullo de ser presidente, lo motivan ideales de nobleza y de salvación de su patria. Esa parte humana la visualiza Velandia quien precisa a Ordoñez para que se la esponga. “Hábleme un poco más del Diógenes Escalante persona” (EPT, p.159). De esta manera, Humberto Ordoñez continúa narrando el relato que complementa la vida del candidato; esa parte humana que no se desliga de lo político y que desde muy temprana edad, representa al hombre estudiante, enamorado, familiar y con gran deseos de crecimiento intelectual.

El poder niega lo humano; lo aniquila, lo suplanta, lo pospone. De ahí que pueda verse desde épocas anteriores, reflexiones que lo hicieran renunciar a sus ideales, que aún cuando no estuvieran en su época, inclinados a la presidencia, estaban enmarcados en un cierto poder político como Ministro a la Secretaría:

No aguanté el día a día del ejercicio del gobierno, esa es la verdad. No tuve ni la piel de cocodrilo ni el cinismo suficiente para enfrentar la incesante conflictividad de mis paisanos. No tuve

el aguante que había que tener para resistir tanta insidia, tanto egoísmo, tanta ceguera (EPT, p.229).

Se visualiza entonces que entre el poder y la pasión por lo propio, hay una gran brecha que la novela muestra y que prefigura esa necesidad de ver en el mandato una verdadera razón de vida para la humanidad. Poder actuar desde la libertad para alcanzar sus propósitos; tener claridad en las ideas, poder combinar el saber con la disposición; saber disponer simultáneamente como lo señala Morín, de “una actitud general para plantear y analizar problemas; principios organizadores que permitan vincular los saberes y darles sentido” (Morin, E. 2001, p.23). Diógenes Escalante comienza por perder esa capacidad para hacer de su saber una herramienta para manejar los embates del poder. Se presupone entonces, que para enfrentar el poder, se debe negar la posibilidad de seguir siendo el ser humano normal, lleno de ocupaciones comunes, sentimentales, placenteras, propias de la persona. Así se lo señala Truman en una conversación que más que plática común, es una confesión acerca de su desarrollo político.

Ya casi no hago nada humano, Diógenes. Es muy difícil ser presidente y seguir siendo el hombre que has sido. Debes dejar de lado demasiadas cosas personales que te son queridas, esos pequeños placeres que hacen llevadera la existencia (EPT, p.171).

La reflexión acerca del poder, lleva a lo humano, en una claridad discursiva de Francisco Suniaga, a establecer lo alterno del poder. De la voz de Ordoñez que surge la idea de señalar que “la alternabilidad en el poder no es un valor creado por los teóricos de la democracia, sino que debe ser un invento de Dios para que los gobernantes se salven, para que puedan seguir siendo humanos” (EPT, p.226). Tal vez, esa fragilidad humana que se avista en el Dr. Escalante, deviene del sentir, de que no está hecho para gobernar con la frialdad que supone el poder sino con el apasionamiento y la sensibilidad de un

ser humano que siente consideración por el “otro”.

En el sentido heideggeriano³, puede decirse que el Dr. Escalante no pierde la libertad de su ser, pues más allá del lo que implica estar sometido a los designios del poder, en su esencia, el candidato mantiene su impecable pensamiento de gobernar para beneficio de la colectividad. Su libertad se ve amenazada cuando es atrapado por la enajenación mental que lo conduce a detener todo acto de vida coherente y donde pareciera cumplirse lo anotado por Heidegger al señalar que “la libertad no es del hombre, sino el hombre es de la libertad” (Heidegger, M. 1990, p.11); con la demencia, Escalante se separa definitivamente de lo que la libertad de su ser, le hubiera permitido, gobernar desde lo humano y no desde un poder que configuraba su encierro, en tanto que supremacía burocrática.

Con el poder puede observarse también, el juego de intereses, los manejos burocráticos, las hipocresías y el alejamiento; hechos que suscitan reflexiones donde se vislumbra la negación de lo humano ante el ejercicio del mandato. El relato de Ordoñez muestra un candidato alejado de las apetencias de los verdaderos detentadores; es un civilizador con temor a deshumanizarse y deshumanizar a los demás. La insania de Escalante evidencia esa deshumanización al convertirse en *el pasajero de Truman*, pues al contrario de la ovación que le hacen cuando llega a Caracas como candidato, sube al avión como ex candidato, en solitario, en silencio, tal como lo señala Maye Primera Garcés

Atravesaron en silencio, sin caravanas de reporteros ni curiosos que le salieran

³ “La libertad es la esencia que abarca y penetra todo, en retroreferencia en la cual el hombre es primeramente hombre. Ello significa: la esencia del hombre se funda en la libertad. Pero la libertad misma es una determinación del Ser en general propiamente dicho, que sobrepasa todo ser humano. En tanto el hombre es, tiene que participar de esa determinación del Ser, y el hombre es en tanto lleva a cabo esa determinación en la libertad” (Heidegger, 1990, p. 11).

al paso. A las seis de la mañana, el grupo abordaría un transporte militar con rumbo a Estados Unidos. Nadie más bajo a la Guaira para despedirlos (Revista de El Nacional, No. 58, p. 91).

No hay muestras de sensibilidad humana de quienes apoyaban su candidatura, ante la tragedia sufrida, hecho que al decir de Stern “muestra la grandeza del hombre en la adversidad” (Stern, A. 1975, p.195); al contrario, se le abandona ante el infortunio en el que había caído el hombre de la sabiduría diplomática; bien lo dice Ordoñez “en la política no hay compasión humana” (EPT, p.252), infortunio que no sólo era para el candidato, sino para un país que tuvo la oportunidad de surgir y que ahora sus esperanzas se iban con esa especie de fantasma que se desdibujaba con cada peldaño que subía hacia la cabina del avión.

Puede leerse la vida de Diógenes Escalante desde la disciplina científica de la historia pero también desde el ingenio y la sabiduría ficcional de Francisco Suniaga que nos muestra, a través de su pluma creadora, cómo hasta el final de la novela, los dos ancianos, en permanente diálogo, reconstruyen la historia en un juego dialógico en el que uno es el reflejo del otro y ambos, la semblanza de un tercero. La realidad y ficción se conjugan para dar paso al reconocimiento a la calidad humana de este diplomático que vivió sus últimos días de salud mental (en ambas realidades) para caer en el absoluto embeleso.

Refiere Mario Vargas Llosa que “la irrealidad y las mentiras de la literatura son también un precioso vehículo para el conocimiento de verdades profundas de la realidad humana” (2000, p.43); en *El pasajero de Truman*, Román Velandia y Humberto Ordoñez se encuentran y se despiden en y para la palabra, en un nivel de identificación, de afirmación, que se profundiza en la interioridad de una amistad fundada en la juventud, que recorre una vida, que se abre y se cierra en el silencio, donde

el fin del relato pareciera, el fin también, de tres vidas.

Referencias bibliográficas

- Bravo, V. (1997) *Figuraciones del poder y la ironía*. Caracas. Monte Ávila Editores.
- Foucault, M. (2008) *Defender la sociedad*. Buenos Aires Fondo de Cultura Económica.
- Martin, G. (1984) *Ensayos de antropología política*. Caracas. La Bodega.
- Morin, E. (2001) *La cabeza bien puesta*. Buenos Aires. Ediciones Nueva visión.
- Jitrik, N. (1995) *Imaginación literaria: Las posibilidades de un género*. Buenos Aires. Editorial Biblos.
- Muñoz, R (2011) *Resonancias y silencios de la palabra*. Grupo nacional de editores. Sevilla- España
- Popper, K. (1991) *La sociedad abierta y sus enemigos*. Buenos Aires. Paidós.
- Primera, M. *Diógenes Escalante*. Biblioteca Biográfica venezolana. No. 58 Caracas. El Nacional.
- Stern, A. (1975) *Filosofía se la risa y el llanto*. Puerto Rico Editorial universitaria.
- Suniaga, F. (2008) *El pasajero de Truman*. Caracas. Mondadori.
- Vargas Llosa, M. (2000) *Un mundo sin novelas*. Revista Letras Libres, Octubre. Madrid.